

LOS MIEDOS DE EUROPA ANTE LA GUERRA EN UCRANIA



Dr. Luis Pérez Gil¹

Investigador externo CIEE-ANEPE

La guerra en Ucrania ha puesto sobre la mesa la relevancia de los asuntos estratégicos, aunque *a priori* pareciera que antes no estaban ahí o que, simplemente, no debían ser tenidos en cuenta. Esto, obviamente, no sucede en el mundo académico, donde los científicos políticos y los internacionalistas desarrollan sus análisis en sus ámbitos de investigación, conforme a sus marcos teóricos y con los enfoques de las respectivas escuelas de adscripción de cada uno de ellos. Por tanto, a pocos especialistas en asuntos estratégicos sorprende la situación actual, que llevaba gestándose desde hace más de una década, y no nos referimos solo a la situación planteada en Europa por la invasión rusa de Ucrania, que trataremos a continuación, sino también a la rivalidad entre los Estados Unidos y China en el Indo-Pacífico, que marcará los próximos diez años y que, muy probablemente, acabará en un enfrentamiento decisivo entre ellas.

¹ Doctor en Derecho con Premio Extraordinario por la Universidad de La Laguna (ULL), España. Profesor de Derecho Constitucional de la ULL. Miembro de la Asociación Española de Profesores de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales (1997) y de la European Society of International Law (2010). Ha realizado estancias de investigación en el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad Arturo Prat (Chile), el Centro Iberoamericano de la Universidad de Pécs (Hungría). Ha sido coordinador de seminarios internacionales en la Universidad de Santiago de Chile y en la Universidad de Viena. Colaborador permanente del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE) de España y de la “Revista General de Marina del Ministerio de Defensa de España”. lvperezg@ull.es ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7512-2211>

Esta realidad viene determinada porque, a pesar de los avances en organización internacional, en la cooperación económica mundial y la globalización, la lucha por el poder y la influencia continúan siendo los factores capitales en los que se fundamentan las políticas exteriores de los Estados y, singularmente, de las grandes potencias, que son las que, con sus decisiones y acciones, mantienen y cambian el orden internacional. La existencia de un directorio mundial, formado por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, ha permitido, hasta ahora, que la estructura internacional permanezca al excluir el conflicto entre grandes potencias. Pero, las crisis y conflictos más recientes demuestran que existe el riesgo de que este espacio de adopción de decisiones, basado en el consenso entre los grandes, se rompa y si esto ocurriera quedaría expedito el camino para un enfrentamiento a gran escala con empleo de armas de destrucción masiva y aquella que salga victoriosa determinará las reglas del nuevo orden internacional por un largo período de tiempo.

Estas reglas, que parecen fáciles de entender, no son aceptadas, son rechazadas o, lo que es más peligroso, son desconocidas por muchos dirigentes políticos, que son capaces de tomar decisiones sin medir las consecuencias de las mismas tanto para sus países como para sus ciudadanos. La guerra en Ucrania es un buen ejemplo de cómo muchos dirigentes políticos se ven arrastrados por una ola de sentimientos, sensaciones y experiencias inmediatas basadas en la existencia de un pseudo consenso global de lo que es bueno o correcto, toman decisiones irracionales, en tanto en cuanto no están basadas en los intereses nacionales de sus propios países¹, y por tanto sin medir las consecuencias de las mismas, que, inevitablemente, las pagan sus ciudadanos.

La historia nos da dos ejemplos paradigmáticos y probablemente extremos, de cómo dirigentes políticos de dos países distintos situados frente a la decisión de mantener el Estado y la vida de sus ciudadanos, fueron capaces de tomar decisiones difíciles para preservar a uno o a los otros. En marzo de 1939 el presidente checoslovaco Hácha, frente a la amenaza de Hitler de bombardear y destruir su país, aceptó la ocupación alemana y la extinción de su Estado para preservar la vida y el bienestar de los ciudadanos. Poco se puede achacar a Hácha cuando, escasamente tres meses antes, las potencias occidentales habían traicionado a Checoslovaquia en la ominosa Conferencia de Múnich. Checoslovaquia desapareció como Estado, dividida en dos partes, una convertida en un protectorado alemán y la otra en un Estado títere. El otro ejemplo lo tenemos en junio de 1940 cuando el primer ministro británico Churchill, después de la rendición de Francia ante los ejércitos alemanes, tomó la resolución de seguir combatiendo en solitario. Bien es cierto, que, al contrario, de lo que ocurrió con el presidente checo, Churchill contaba con el respaldo político, económico y financiero de los Estados Unidos, y no a poco con su implicación en la guerra, que se tornó rápidamente en mundial.

La invasión rusa de Ucrania iniciada el 24 de febrero de 2022 con unos objetivos muy concretos fue respondida rápidamente por los países occidentales como una agresión ignominiosa, impropia de un mundo basado en reglas y que debía ser rechazada absolutamente y por todos, porque atentaba contra el orden general de las cosas. Estas

afirmaciones en sí mismas desconocen varias cuestiones fundamentales. La primera y más importante es que esta guerra era evitable a poco que se hubieran buscado cauces de negociación, pero la demonización de la otra parte impide, efectivamente, que se pueda negociar o alcanzar acuerdos con ella. Recordemos ahora las referencias al “imperio del mal” del presidente Reagan en los años ochenta del siglo pasado o el famoso “eje de mal” enunciado por el presidente Bush durante la Guerra Global contra el Terrorismo en la primera década del siglo XXI. Cuando se excluye la negociación en cualquier disputa y solo se aceptan posiciones de máximos el conflicto se vuelve inevitable; en el mundo de las relaciones internacionales lleva, irremediabilmente, a la guerra. De nuevo, son principios fundamentales del realismo político, pero que parecen ser desconocidos o no tenidos en cuenta por muchos dirigentes, que no comprenden que la guerra siempre es más costosa y tiene un resultado más incierto que cualquier acuerdo.

Segundo, Occidente habla de un mundo basado en sus propias reglas, de hecho, tanto la sociedad internacional como el Derecho Internacional son creaciones occidentalesⁱ. Esto pudo ser válido en épocas anteriores, cuando las grandes potencias occidentales detentaban todo el poder internacional, pero a poco que se examine el sistema internacional actual se comprende que las potencias occidentales, excepto los Estados Unidos, están en franco retroceso, que hay otras potencias emergentes que han escalado a los primeros puestos de poder mundial y otras que continuarán haciéndoloⁱⁱ y que aspiran a modificar las reglas de funcionamiento del sistema internacional para que se adapte a sus propios intereses. Esto en Occidente parece que no se comprende o no se quiere asumir, pero existen reglas para su resolución pacífica conforme a los desarrollos teóricos del equilibrio de poder, de corte típicamente kissingeriano, que tienden a excluir el conflicto o a hacerlo muy marginal^{iv}.

Finalmente, parece que muchos dirigentes piensan que el orden natural de las cosas es la paz, el desarrollo y la vida en comunidad, pero para eso todos los Estados deberían estar basados en unos mismos principios, sus sistemas socioeconómicos estar conformados por unos parámetros similares y tener al menos unos regímenes políticos relativamente similares, que permitieran la consecución de objetivos comunes, esa famosa “comunidad internacional” que los medios de comunicación de masas no paran de propagar pero que, a poco que se examine la realidad internacional, no existe, sencillamente porque no todos los países son iguales, no todos tienen las mismas capacidades, poder e influencia, cuentan con sociedades muy diferentes y existen regímenes políticos que van desde las democracias parlamentarias más avanzadas a regímenes autoritarios, autocráticos, clericales e incluso dictaduras familiares hereditarias, en los el Estado de Derecho y los derechos humanos, que son otra creación del orden jurídico occidental, brillan por su ausencia.

Esto significa que los dirigentes políticos deben estar preparados para dar respuestas a retos diferentes, simplemente porque en el sistema internacional continúa primando la diferencia. Sin embargo, los políticos occidentales actuales se muestran reacios a conocer esta realidad, a aceptarla y a tratar de adoptar decisiones basadas en los intereses nacionales propios, que consiste en lograr el bienestar para sus ciudadanos.

En diciembre de 2017 la Estrategia de Seguridad Nacional aprobada por el presidente Trump afirmó sin ambages que su país se enfrentaba a un mundo cada vez más complejo, caracterizado por una creciente competencia entre grandes potencias y que los Estados Unidos debían responder con un realismo basado en principios, guiado por sus intereses nacionales y enraizado en sus propios valores intemporales. Para ello debían aumentar sus capacidades y estar preparados para enfrentar los retos que habían de venir^v. Este enfoque fue tachado de radical, planteaba la ruptura de consensos anteriores, que en realidad nunca lo fueron porque eran imposiciones del mundo occidental sobre el resto, y sacaba a los Estados Unidos de su posición de líder benévolo mundial para dirigirlo hacia su verdadera vocación de hegemonía global. A pesar de las críticas, la nueva administración Biden ha continuado las políticas anteriores, hasta tal punto que no solo adelantó la retirada de las tropas estadounidenses de Afganistán dejando al gobierno de Ghani a su suerte, sino que además decidió bloquear cualquier veleidad expansionista de Rusia, desgastar a la Unión Europea y preparar el terreno para el enfrentamiento con la China comunista en el área del océano Pacífico. De este modo, es preciso asumir que, aunque cambie el discurso y la justificación de las acciones que se adoptan, no cambia en la búsqueda del poder basado en los intereses nacionales^{vi}. Así es cómo el realismo político define el comportamiento de las grandes potencias^{vii}.

Por el contrario, los dirigentes europeos han tenido un comportamiento muy diferente. La mayoría están acostumbrados a las manifestaciones declarativas sin contenido real, actúan de forma reactiva, a remolque de los acontecimientos, desconocen cuáles son los intereses nacionales de sus propios países y, en consecuencia, adoptan decisiones basadas en los intereses de otros, de terceras potencias o intereses europeos o globales fácilmente justificables ante sus audiencias objetivo: el cuerpo electoral al que se convoca periódicamente, pero al que se sigue y escruta en tiempo real gracias a la aplicación masiva de las tecnologías de la información (TIC) al análisis demoscópico. La respuesta a la guerra en Ucrania está permitiendo analizar esta situación en profundidad.

Esta aplicación de la política ha implicado momentos de aprensión y miedo en las sociedades europeas, así como una profunda sensación de *dejá vu*, que no ha sido contradicha por los propios dirigentes, sino bien al contrario no han dudado en crear situaciones de riesgo amenazando a una potencia nuclear como es Rusia sin ningún tipo de respaldo político y militar creíble, pero que en caso de que llegara a producirse llevaría, en último término, a la destrucción física de grandes áreas del continente, lo que es sumamente inconcebible si se piensa que, al mismo tiempo, se ha estado tratando de imponer la idea de una Rusia extraeuropea y de naturaleza cuasibárbara.

Esto es más grave si cabe, analizando sus rápidas y sucesivas etapas. Primero, negando la posibilidad de un conflicto convencional a gran escala en Europa, acontecimiento que se consideraba propio de otras épocas y que había quedado circunscrito a los países del denominado sur global. Una vez que se inició la guerra en Ucrania, se produjo una situación inicial de parálisis ante unos hechos consumados que se consideraban imposibles, como ya

ocurrió durante el inicio de la pandemia en los primeros meses de 2020. Después, la ola de solidaridad testimonial encabezada por los dirigentes de la Unión Europea que, de la noche a la mañana, convalidaron al régimen ucraniano como una democracia compatible concediéndole un estatuto de adhesión que, en el fondo, sabían que no significaba nada, que no iban a cambiar las normas ni los procedimientos porque dicho cambio significaba sin más una crisis interna difícilmente manejable en estos momentos^{viii}. Tercero, la mansedumbre de la mayoría de los gobiernos europeos frente a una minoría de países belicosos que han apoyado la continuación de una guerra cuyas consecuencias directas está sufriendo Ucrania e indirectamente la propia Europa, que ha recibido ocho millones de refugiados que huyeron de la guerra como parte de la guerra híbrida rusa y que difícilmente retornarán a su país debido a las perspectivas políticas y económicas bastante inciertas, el suministro de material militar que ha supuesto un esfuerzo no calculado hasta ahora y la asistencia financiera permanente que requiere el Estado ucraniano para continuar existiendo como tal.

Y finalmente, como apuntamos antes, el miedo a una guerra nuclear que ha sido presentada como un evento casi inevitable mediante una campaña masiva de (des)información por parte de los medios de comunicación que en muchas ocasiones han rozado la deshonestidad en las informaciones^{ix}. Es decir, nos encontramos con una sociedad europea sumida en una burbuja cognitiva amplificadas desde arriba con la finalidad de controlar y manipular a los ciudadanos para mantenerlos ocupados frente a problemas sociales y económicos más acuciantes acumulados tras años de inacción, precisamente por parte de esos mismos dirigentes.

No hay que perder de vista que los Estados Unidos se han aprovechado de esos políticos europeos cual testigos silenciosos para imponer sus intereses, expulsar a Rusia de los mercados energéticos europeos y convertirse en el campeón del gas natural licuado (GNL) en el continente con el trasfondo de un conflicto que se desarrolla muy lejos de sus fronteras. Con ello, han alcanzado dos objetivos estratégicos: el debilitamiento social de Europa y su completa dependencia ideológica y económica tras el fin de la guerra^x.

En esta pugna de grandes potencias, los ciudadanos europeos están totalmente desarmados, van perdiendo cada vez más derechos frente al poder de sus Estados, a los que cada vez es más difícil enfrentarse, replicar o contradecir. Lo mismo parece ocurrir con las instituciones europeas, con intereses propios, que no dudan en amenazar y coaccionar a aquellos países cuyos gobiernos no aceptan determinadas políticas centralistas y unificadoras, lo que *a priori* parecería impensable en una Europa diversa y formada por veintisiete Estados democráticos. Sin embargo, esta situación tiene un corolario muy peligroso: si no hay ciudadanos con derechos plenos, si se les desproveen de ellos en aras de intereses superiores, no será preciso consultarles en las urnas y las decisiones podrán ser adoptadas por las élites que detentan el poder. Entonces podrá construirse un nuevo actor político supranacional dotado de poderes amplísimos sobre individuos sin derechos, abocados a obedecer, someterse y aceptar reglas que no han contribuido a crear. Es un escenario distópico, pero que se acerca, precisamente, a aquellos regímenes que se demonizan: las denominadas democracias autoritarias o

regímenes iliberales. Entonces, se habrán cerrado todas las salidas, la globalización se habrá extinguido, los espacios regionales serán cerrados, compartimentados y endogámicos y solo tendrán un futuro de decadencia.

Esto es lo que explica por qué la democracia liberal no tiene parangón y solo puede darse en espacios de seguridad y desarrollo. Pero para mantenerlos es preciso aplicar los principios del equilibrio de poder, porque en el intento de imponer los valores occidentales a toda costa, no existe una regla general que diga que van a salir triunfantes siempre y en todo lugar. Así pareció intuirlo el presidente ruso, Vladimir Putin, en el discurso de 30 de septiembre de 2022 durante la ceremonia de anexión de los territorios del sur de Ucrania a la Federación de Rusia: la operación militar en Ucrania es una guerra de ideas sobre cómo serán las sociedades a partir de ahora, una lucha entre Occidente y aquellos que no comparten la disolución de los Estados, su soberanía y las tradiciones^{xi}.

La cuestión, por tanto, es si Europa está preparada para aceptar el reto, si sus dirigentes serán capaces de comprender la magnitud de la lucha que han entablado y, más importante si cabe, si serán capaces de rearmar moralmente a sus sociedades, en franca minoría demográfica frente al resto, para hacer frente a los profundos cambios políticos y estratégicos que se avecinan. Al menos, el futuro de la Unión Europea depende de ello, porque si fracasa el continente puede ser arrasado por una ola de nacionalismos que solo beneficiará a los intereses de potencias extranjeras. Los próximos meses y años serán cruciales para determinar el futuro de Europa y definirán el devenir de sus naciones durante las próximas décadas.

ⁱ MORGENTHAU, H. La lucha por el poder y por la paz. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1963 (trad. de Politics among Nations. The Struggle for Power and Peace. Nueva York: A. Knopf, 1960; 1ª ed., 1948).

ⁱⁱ VERDROSS, A. Derecho Internacional Público (5ª ed). Madrid, Aguilar, 1974 (trad. de Völkerrecht. Springer-Verlag, 1961).

ⁱⁱⁱ Véase el estudio de PRICE & WATERHOUSE LONDRES. The Long View. How will the global economic order change by 2050? Londres, Pricewaterhouse Coopers, febrero de 2017, disponible en: <https://www.pwc.com/gr/en/publications/specific-to-all-industries-index/world-in-2050-global-economic-order.html>

^{iv} Ideas desarrolladas en PÉREZ GIL, L.: Un mundo restaurado. *Blog Derecho y Política Internacional*, marzo de 2020, disponible en: <https://ullderechointernacional.blogspot.com/2020/03/el-mundo-restaurado.html>

^v En PÉREZ GIL, L.: La nueva Estrategia de Seguridad Nacional y la Postura Nuclear de los Estados Unidos. *Blog Derecho y Política Internacional*, febrero de 2018, disponible en: <https://ullderechointernacional.blogspot.com/2018/02/la-nueva-estrategia-de-seguridad.html>

^{vi} La reciente Estrategia de Seguridad Nacional firmada por el presidente Biden define a China como el “único competidor con intención de redefinir el orden internacional que dispone de las capacidades para hacerlo” (National Security Strategy 2022. Washington, 12 de octubre de 2022, disponible en: <https://nssarchive.us/wp-content/uploads/2022/10/Biden-Harris-Administrations-National-Security-Strategy-10.2022.pdf>).

vii KISSINGER, H.: *Diplomacia*. Barcelona, Ediciones B-Grupo Zeta, 1996 (trad. de Diplomacy. Nueva York, Simon and Schuster, 1994).

viii Asunto que hemos tratado en PÉREZ GIL, L. El estatuto de los países candidatos a la adhesión a la Unión Europea: análisis de los casos de Georgia, Moldavia y Ucrania. Cuaderno de Trabajo ANEPE, N° 2, 2022, disponible en: <https://www.publicacionesanepe.cl/index.php/cdt/article/view/987>

ix Como hemos tratado en PÉREZ GIL, L. Los augures de la guerra nuclear. *Blog Derecho y Política Internacional*, marzo de 2022, disponible en: <https://ullderechointernacional.blogspot.com/2022/03/los-augures-de-la-guerra-nuclear.html>

x Ideas que hemos desarrollado en PÉREZ GIL, L. Energía y Liderazgo versus testigos silenciosos. *Blog Derecho y Política Internacional*, abril de 2022, disponible en: <https://ullderechointernacional.blogspot.com/2022/04/energia-y-liderazgo-americano-versus.html>

xi Véase PÉREZ GIL, L. Rusia rompe con Occidente. *Blog Derecho y Política Internacional*, septiembre de 2022, disponible en: <https://ullderechointernacional.blogspot.com/2022/09/rusia-rompe-con-occidente.html>